



«Y EN EL ESPÍRITU SANTO

(IV Semana – Cuaresma 2013)

Ocuparnos de la misteriosa persona del Espíritu mismo, más misteriosa todavía, sin duda, para nosotros que la del Padre y la del Hijo, es un camino que nos lleva a una profunda reflexión. Con el don del Espíritu Santo se completa la revelación del Dios trinitario. *Sólo poco a poco los cristianos se fueron planteando la cuestión de cómo conciliar los dos aspectos antagónicos de su fe: la creencia en un Dios único y la creencia de que en Dios hay tres personas. Si Dios Padre y Jesús, el Cristo, su Hijo, son misteriosos, el Espíritu Santo, por su parte, es verdaderamente enigmático.*

Recorriendo las páginas de la Sagrada Escritura, en particular el Nuevo Testamento, vemos que el Espíritu es designado a menudo con metáforas objetivas: viento, agua, fuego, luz, paloma, don, etc. Lo que nos muestra que el espíritu es un sujeto, pero sin embargo, no lo es a la manera del Padre y del Hijo. Es inefable y no se deja aprehender.

Un sujeto sin rostro

El Padre tiene un rostro que el hombre no puede ver, pero que el Hijo ha revelado. El Hijo tiene un rostro manifestado por su humanidad. La dificultad propia del Espíritu Santo está en que no tiene rostro.

Los símbolos objetivos con los que el Espíritu es representado (viento, agua, fuego, luz, paloma, etc.) aparte del hecho de ser símbolos tomados del orden de la naturaleza, no proporcionan un rostro al Espíritu, expresan una trascendencia subjetiva, es decir, algo que nos anima desde el interior superándonos.

Un sujeto que no habla en nombre propio

Por otra parte, el Espíritu Santo no habla: nunca es interlocutor de un diálogo divino. En los evangelios, el Padre y el Hijo hablan a los hombres. El Padre y el Hijo se hablan entre sí. La misión de Jesús - la Palabra - es hablar y enseñar. El Espíritu guarda silencio. «No hablará por su cuenta» (Jn. 16,13), como hace Jesús. Sus «gemidos inenarrables» se expresan en la oración de los hombres en los que mora. Asimismo, el Espíritu es el intérprete de las palabras de Jesús: hará que los discípulos accedan a la verdad completa (Jn 16,13), es Espíritu de la verdad (Jn16,13), reaviva el recuerdo de las enseñanzas de Jesús (Jn 14,26), «comunica» (Jn 16,13-15), da testimonio (Jn 15,26).

Un sujeto que hace hablar

Sin embargo, lo propio del Espíritu no es hablar por sí mismo, sino hacer hablar a los hombres, a los que inspira según el pensamiento del Padre y del Hijo. Pero esta atribución tiene el sentido de expresar el origen divino de las palabras proféticas. El Espíritu Santo es el «inspirador». No hay que buscar al Espíritu frente a nosotros, sino en nosotros. La psicología profunda nos ha enseñado todo el papel que desempeña el inconsciente en nuestra vida. El Espíritu, en cierto modo, es nuestro «inconsciente divino»

El discernimiento espiritual

¿Hay alguna posibilidad de discernir, al menos en ciertas circunstancias, la presencia del Espíritu en nosotros? Esta posibilidad existe y ha sido objeto de indagación en toda la tradición cristiana. Los movimientos interiores de nuestra conciencia y de nuestra afectividad (tristeza, turbación, inquietud o, por el contrario, alegría, deseo, esperanza, amor generoso, etc.) reclaman ser discernidos según su evolución, con el fin de conocer lo más justamente posible lo que viene del Espíritu de Dios y lo que viene de nosotros mismos o de lo que la tradición cristiana llama el «mal espíritu». La buena práctica del discernimiento exige en la mayoría de los casos la pedagogía de la apertura y el acompañamiento. El discernimiento espiritual ha de ponerse en práctica cada vez que se va a tomar una decisión importante en la vida.